

E. MIRET MAGDA LENA

EN la ciudad holandesa de Utrecht se acaba de celebrar la sesión del Comité Central del Consejo Ecuménico de Iglesias. El nuevo clima renovador y abierto, iniciado por el anterior secretario general, doctor Carson Blake, es cada vez más manifiesto. La ayuda al Tercer Mundo, la responsabilidad política de los cristianos y el acercamiento al Este son las nuevas tónicas de este organismo que pretende favorecer la comprensión y unidad entre los creyentes seguidores de Jesús.

La ONU dio un gran paso hacia la universalización con la entrada de China Continental. Pero el gran organismo cristiano ecuménico está hoy todavía en una situación parecida a la de la Organización de las Naciones Unidas, antes de entrar la China de Mao Tse-Tung; le falta para ser ecuménica y universal la presencia activa y comprometida de la Iglesia católica.

Sin embargo, la mayoría de las demás confesiones cristianas están allí presentes. Hasta los nuevos «hippies» cristianos, los llamados «hijos de Dios», se encontraron estos días en la universitaria Utrecht sorprendiendo a los teólogos organizadores de la reunión con sencillos «slogans» de sus vidas: el de «amaos los unos a los otros» (San Juan) como ley única de la vida, y el de «tenían un solo corazón, un solo espíritu y ponían todas las cosas en común» (San Lucas) como ideal social de los creyentes.

La gran estructura ideológica de la teología actual se viene abajo con testimonios, encarnados en hechos y no en palabras, como el de esta «comuna libre y ecuménica» de los «hippies» cristianos de Amsterdam allí presentes.

Y las grandes instituciones, aunque sean modernas y renovadoras, quedan sin fuerza ante la frase de otro grupo contestatario que llevaba una pacífica pancarta diciéndolo: «Necesitamos profetas y no diplomáticos». Porque profeta —en el sentido bíblico— no es el que predice el porvenir o asombra con sus demostraciones prodigiosas, sino el que con sus hechos significa una nueva vida de justicia y comprensión humana, vida nueva que renueve la sociedad actual de sus graves fallos contra la equidad y el amor.

La palabra del máximo teólogo protestante actual, Jurgen Moltmann, quedó —a pesar de su fuerza— muy por bajo de estos sencillos ejemplos. Su defensa verbal de los derechos humanos, su crítica a las coacciones, quedó en un moralismo más, que poco nos dice ya a los que estamos desesperanzados de lo que ha sido hasta ahora, por más que quiera presentarse lo pasado con la faz de la renovación. Llevamos toda la Edad Moderna oyendo hablar el nuevo lenguaje de la defensa de los derechos de la dignidad humana, y cada vez se inventan mayor número de subterfugios reales para violar esta dignidad, con mayor o menor elegancia e hipocresía.

En lo único que tuvo razón Moltmann es en confesar que «la cristiandad ya no puede presentarse por más tiempo al mundo actual, dividido y amenazado de muerte, como un conjunto de Iglesias separadas que se atacan re-

cíprocamente, porque cada una pretende ser la única detentadora de la verdad y del sentido comunitario».

No; lo que las Iglesias tienen que hacer es hablar menos y, en cambio, actuar y predicar con el ejemplo.

Si quieren hablar de comunidad, que ellos fomenten de verdad con su testimonio los hechos de convivencia y libertad; si quieren hablar de derechos humanos, que sean las más celosas defensoras en sus filas de los derechos de los hombres que son sus seguidores, y eliminen todo recuerdo de inquisición, intolerancia o castigo penal; si desean hablar de paz y de orden, que promuevan los hechos que dan ejemplo de pacífica convivencia entre quienes dicen ser sus seguidores o son sus dirigentes; que si predicán el amor, no nos agobien a los humanos con sus pesadas cargas canónicas, litúrgicas o doctrinales, sino que de verdad crean en él; que si exponen el mensaje del Evangelio, no lo adornen de toda suerte de

UNA DIFÍCIL ESPERANZA

aditamentos que desvirtúan su sabor primigenio. En una palabra, que no caigan en la tentación de aquellos eclesiásticos de hace siete siglos, que al aprobar en la Edad Media la regla de San Francisco de Asís, la modificaron porque el Evangelio no era suficiente, según ellos, para gobernar la vida espiritual de unos frailes renovadores. El Evangelio es muchas veces, para los detentadores del poder religioso, demasiado explosivo, y pretenden disminuir su eficacia con palabras de cauta prudencia.

Todo esto me lo sugería el reciente artículo del presidente francés de la Acción Católica de Medios Independientes, publicado en el periódico Le Croix. Gabriel Marc es el único pensador católico que hoy me parece interesante: su sencilla palabra, que sabe adentrarse en la entraña de los problemas del hombre religioso actual, me impresionó siempre. No busca el aplauso, el éxito, ni el acierto siquiera; lo que quiere es colaborar a esclarecer la realidad mirando más adentro y más allá, como hacían esos sabios antiguos, que en vez de separarse de los hombres convivían con ellos, como Sócrates o como San Francisco, pero miraban las cosas con una luz más honda y menos superficial que los demás. Por eso, el filósofo griego aprendía de los artesanos y del pueblo sencillo de Atenas, y les ayudaba a pensar sobre la vida. Y San Francisco de Asís pedía a sus frailes que predicasen de la vida, sólo después de haber trabajado todo el día

con los pobres campesinos italianos de la época, sin cobrar nada por ello. Lo mismo que Danilo Dolci, el arquitecto italiano promotor del grupo llamado «los bandidos de Dios», precursor actual de todo ello con su desprendido ejemplo.

Y hoy necesitamos dar todavía un paso más adelante que el de estos ejemplos ingenuos, replanteándonos todo lo que religiosamente hemos aprendido y realizado hasta ahora, para procurar hallar un nuevo Norte —individual y social— en nuestras vidas tan sin sentido ni orientación.

Estamos, si pensamos un poco en el mundo que nos rodea y en la negra perspectiva que brinda, desesperanzados. Pero nos animan estos brotes que surgen del interior del hombre que no quiere resignarse, permanentemente, en un angustioso retorno eterno de lo mismo, a caer en ese automatismo superficial y engañosamente feliz que nos invade. Hoy los hombres queremos algo diferente de la sociedad religiosa o profana de consumo que estamos viviendo, porque intuimos —aunque sea tenuemente— que esto es posible. Y de nuestra desesperanza, al mirar el porvenir, brota una difícil esperanza.

Y en esta esperanza que surge, el creyente debía ser el profeta realista, y con los pies en la tierra, de esta posibilidad humana enseñando a la Humanidad con su ejemplo sencillo, cotidiano y lleno de pacífico inconformismo que es posible otro mundo, porque él con su vida se despegó del actual sin sentido, sin por eso separarse de lo que es humano. Es el sencillo grito inconformista de los monjes benedictinos actuales en profunda crisis, cuando exclaman como el abad Franzoni, de San Pablo Extra Muros, en Roma: «Se me reprocha haber roto la paz del claustro con mis reformas, pero, ¿qué significa la paz de los monjes? ¿Vivir tranquilamente? Sería una paz incongruente si el claustro fuese un oasis egoísta de paz de unos pocos, separados de la Historia». O del abad de Maredsous, en Bélgica, que pretende «reemplazar el moralismo y la ascética tradicionales por una relación más personal con Jesús y su vida». O de los monjes de Cuxá, en el Sur de Francia, que dicen: «Si vemos en las técnicas de la vida monástica algo que hoy es contrario al Evangelio, hay que cambiarlo, porque San Benito se preocupó por el mundo y no pretendió aislarse egoístamente de él y de sus problemas».

No queremos aislarnos de los hombres, pero tampoco parecemos al mundo de hoy, donde no hay más absoluto que el dinero para el consumo, el afán de poder político, la técnica inhumana o el progreso material sin más, como recuerda el católico Gabriel Marc.

Pretendemos otra cosa, y en ello ponemos nuestra esperanza de hombres responsables o de creyentes activos. El creyente pensando en una religión que se preocupe por los hombres y el no-creyente en la aceleración de la Historia, en la evolución promovida por el hombre o en el progreso que todos debemos constituir.

Y del conjugado esfuerzo de estos hombres que se despegan de lo usual, surge una esperanza, una difícil esperanza que es la única esperanza posible.